

juego con nosotros" se hacen livianas, transparentes, limpias de toda escoria, con ese temblor sensitivo que tienen las esencias.

Escribir un libro de esta densidad estética no es tarea de todos los días.

<https://doi.org/10.29393/At407-25FPVM10025>

*Frutos del país*, de JULIO BARRENECHEA,  
Editora Zig-Zag. 1965

El autor, excelente poeta, Premio Nacional de Literatura, para justificar el tono y sesgo de sus "Memorias", estampa unos conceptos que no dejan de tener un sentido irónico: "El memorialista cuenta vagamente las cosas que ha visto. El historiador relata con exactitud lo que no ha visto. El primero transmite verdades difuminadas. El segundo comunica mentiras precisas".

Teniendo en cuenta la índole de su reciente libro, no es oportuno detenerse a formular juicios contradictorios o de aprobación.

*Frutos del país* es un libro que se ha de tomar en su realidad y contextura literaria.

Su posible autobiografía se inicia antes del nacimiento, tal como ideara alguna vez Ramón Gómez de la Serna.

Discurre esa línea vital entre datos concretos y fugas de ingenio. Esos toques salvan muchas veces la intención del autor.

Se refiere al tema de los temblores: "Cualquier día el cerro revienta y nosotros creemos que se trata del cañonazo del Santa Lucía".

Comenta el espíritu travieso y socarrón de algunos individuos, situándolos en momentos que alguien diría trascendentes: "—¿Pero cómo puede andar vestido así hoy día, no sabe que Jesucristo está muerto?" "Y el audaz político respondió, acercándose confidencialmente al oído de su interlocutor: —Sí, pero yo sé el secreto; va a resucitar".

Las muestras de humor cabalgan en los párrafos. De vez en cuando suenan como chispazos. Tal vez dibujan esperpentos. Con ellas podría formarse un sucinto compendio de poético ingenio. Veamos algunas flores.

"La palabra padrino con respecto a padre suena como potrillo con respecto a potro". "Don Agustín Nieto Caballero, hombre que es elegante y fino hasta cuando tiene hipo..." "El traje ladrillo se me puso rojo, y los guantes pato se me quisieron lanzar al agua". "No olvido un matrimonio de enanos en que ambos novios parecía que iban perdidos entre la concurrencia, y de repente el uno o el otro aparecían entre las piernas de algunos de los invitados".

Julio Barrenechea nos muestra un jirón de la historia chilena, vista e interpretada a su manera.

De las múltiples anécdotas recogidas, se desprende un rumor de gracia, una manera de situarse frente a las circunstancias. Los hombres están cazados en sus gestos más significativos. Y entre la "memoria" marginal y la verdadera "historia" se tienden los puentes, flexibles, seguros, peligrosos. Resultado de

todo ello, una obra que se lee sin descanso. En cada página abundan los destellos de humor. Y también el insinuado malabarismo poético.

Jorge Délano (Coke) ha hecho unos dibujos finísimos. Glosan la vida palpitante, que recoge este libro.



*Chinchina busca el tiempo*, de MANUEL DEL CABRAL,  
Ediciones "El Viento en la llama". Santiago, 1965

Muy pocas veces la poesía de Manuel del Cabral se anega en disquisiciones de tipo intelectual. Este poeta derrama sus emociones con la naturalidad de un claro surtidor inagotable. Su lenguaje tiene simple contextura. Nos da la impresión de que no piensa sus figuras literarias, sino que le brotan como un fenómeno vital necesario impostergable, de curso normal.

Sin duda, los verdaderos poetas, y Manuel del Cabral es uno de ellos, observan la realidad, posiblemente la filtran por las celdillas del espíritu y la devuelven convertida en símbolo, vestida con los faralaes de un lenguaje nuevo, distinto al que se habla en el diario acontecer.

Alguien ha dicho que los rapsodas "son vasos sagrados", que hablan "otra lengua".

En la colección "El viento en la llama" se publica la quinta edición de *Chinchina busca el tiempo*, del que Gabriela Mistral dijo que era "una joya de la literatura contemporánea".

Este libro, en la época de su primera edición, 1945, produjo en España algunas discusiones de altura. Se dijo que tenía la categoría estética de *Platero y Yo*. El poeta español Gerardo Diego escribió: "Extraño y formidable este gran poeta, Manuel del Cabral, en cuya voz, fundida a la temperatura de alto horno del hombre nuevo, parecen haberse dado cita todos los hombres de América, el Continente que se descubre día a día en la imaginación exploradora del espíritu".

*Chinchina busca el tiempo* es un libro delicado y delicioso, hecho de breves retazos de auscultación poética. El lenguaje coloquial se funde en líricas evasiones. "Chinchina, fíjate cómo inventan diamantes las manos de este hombre pobre". "Mira, Chinchina, cómo comienzan a sufrir, a llorar goterones de azúcar los ojos verdes y oscuros de las uvas". "Las vacas siempre tienen en sus ojos un Garcilaso Virgen". "La estatura de un lirio es la pregunta de un niño".

En esta obra se dieron algunas anticipaciones poéticas que habrían de ser sustancia de otros libros de Manuel del Cabral. En varios acápites se marcan notables variaciones de estilo.

Dice en "El pescador durmiendo" que "los hombre que suelen cosechar la madrugada antes de que la suelten los pájaros, se amarran su bufanda de neblina, bajan por el barranco silencioso y con candiles vegetales incendian de fuego frío el río".